

y generosa que si ciñera á nuestras sienas la corona del más poderoso imperio. . . . Y los únicos que regalan verdad sobre la tierra son los Obispos, porque son los únicos que la tienen y que por mandato expreso de su Señor no pueden guardar ese inmenso tesoro para sí. Propagar y defender la verdad es cuidado tan preferente del Obispo, que los mismos Apóstoles dijeron: "*Nos orationi et ministerio verbi instantes erimus.*" Dediquémonos de preferencia á la oracion y predicacion. Si no hubiera obispos, el mundo quedaría más á oscuras que si se apagara el sol.

Da mucho el que da un tesoro; pero daría mucho más el que con el tesoro diera discrecion para gastarlo y alegría y salud para disfrutarlo. Los obispos no sólo dan la verdad, sino que nos alcanzan con sus oraciones luz para conocerla y voluntad para amarla. La predicacion separada de la oracion nos daría la verdad cadáver, no la verdad viva. ¿De qué valdría plantar y regar sin pedir el incremento al único que puede darlo? ¿Si el mundo supiera lo que valen las preces de un Obispo! Según la bella frase de San Agustin, "la oracion que de la tierra sube al cielo, hace que el cielo baje hasta la tierra." Si este es el maravilloso poder de las oraciones del más miserable pecador, ¿qué poder no tendrán las preces de los obispos, elevados por Dios al sumo sacerdocio, para que giman sin cesar por los pecados de su pueblo y hagan constante violencia al cielo para que tenga piedad de sus rebaños? Como Moisés, mientras ellos tienen las manos levantadas, el pueblo fiel obtiene la victoria en los terribles combates de la vida humana. Cuando bajan los brazos, el hambre tétrica y las impetuosas inundaciones, la peste asoladora y las sangrientas guerras, asuelan el mundo, y los rugidos y llamaradas del infierno, lo espantan y lo calcinan.

Dios, que bien conocía la flaqueza de nuestra naturaleza, que bien sabía todas las tentaciones é ignorancias, debilidades y amarguras que abreviarían nues-

tra fugaz existencia aquí, nuestro breve pero dolorosísimo tránsito á través del tiempo, quiso en las ternuras de su bondad, que los obispos fuesen, no solo los altos faros que iluminasen las revueitas olas del mar de la vida y las potentes alas con que subiesen nuestras preces á la altura, sino que el corazon episcopal fuese tambien el amplio y sagrado asilo donde encontrasen consuelo y refugio nuestras miserias. Desde hace diez y nueve siglos, los obispos son la luz y disciplina de los monjes y vírgenes consagrados al Señor; el hospital para todas las enfermedades humanas, el horno siempre encendido en que se cuece el pan de los pobres, la paternidad de los huérfanos, el libro siempre abierto, en que todos aprenden, la santa caridad, en una palabra, la santa y sublime caridad cristiana, con el corazon y los brazos siempre abiertos para todos los que sufren y para todos los que gimen.

Espejo pastoral han sido llamados los obispos, y el espejo son en verdad en que se reflejan todas las virtudes cristianas. Ellos con su palabra inculcan la fé y la doctrina, con sus oraciones alientan nuestras esperanzas y con el ejemplo, que es la más persuasiva de las elocuencias, nos predicán la caridad. Meditándolo bien, ¿qué cosa tan admirable es un obispo! Un conjunto de maravillas, es una especie de sér sobrehumano, mitad hombre y mitad ángel, con los piés en la tierra y la cabeza en las nubes. El entendimiento necesitan tenerlo siempre lleno de todas las verdades eternas, porque las almas humanas en su terror y en su ignorancia todo le preguntan, y el corazon henchido de todas las compasiones porque de todas necesitan las miserias de los hombres. A una alma fortalecida con todas las virtudes necesitan agregar un cuerpo de bronce más fuerte que todas las fatigas. El sueño de sus noches es la oracion y las lágrimas; y el descanso de sus dias los trabajos del Apostolado. Si los obispos no estuvieran ungidos en el alma y el cuerpo con el óleo misterioso de la fortaleza, sucumbirían desfallecidos al peso

de su enorme carga. Si la religion cristiana no fuera divina, un obispo sería un imposible!

Despues de haber reflexionado unos momentos en lo que es un obispo, ya no necesitamos preguntar por qué los obispos cristianos serán tan reverentemente obedecidos y tan entrañablemente amados; por qué á su paso, las muchedumbres doblarán la rodilla, y por qué hoy, lo mismo que hace siglos, se postrarán en su presencia muchas frentes que no se inclinarían delante de los Césares. Por grande y conmovedor que sea, ya no puede sorprendernos el espectáculo que aún estamos presenciando; espectáculo tierno hasta las lágrimas y sin ejemplo en los fastos de la historia eclesiástica. Para celebrar el natalicio á la inmortalidad del sacerdocio del venerable Primado, dejando á sus rebaños, sus amantes hermanos, han venido del Aquilon y del levante, y con él han estado tambien en espíritu los retenidos lejos por la inflexibilidad del deber.

Las lágrimas son la última expresion del sentimiento humano. Enternece hasta el llanto ese grupo de obispos que por primera vez estamos contemplando. Algunos se cree verlos envueltos aún en el humo de las locomotoras, y otros con los ojos fulgurantes y tostados los rostros, por los tórridos climas en que habitan: algunos parecen traer sobre sus túnicas el polvo de los desiertos ó el lodo de las inundaciones, y las vestiduras de otros se miran como desgarradas por los zarzales de los ásperos caminos que han atravesado. No se puede contemplar ese grupo sin llorar: involuntariamente se recuerda el último ósculo de paz que al pié de la cruz se dieron los Apóstoles cuando se separaron para evangelizar al mundo. ¡Cuántos, Dios mío, de los santos y venerables obispos que estamos mirando, al decirse adios sea quizás para no volver á verse sino en la eternidad! Ruda es su tarea, pero grande el jornal que les espera, cuando al caer la tarde vuelvan á la casa del buen Padre de Familia que los ha envia-

do, porque es muy rico y generoso el Dueño de Viña para quien trabajan!

Es noble y santo el regocijo inmenso con que el pueblo cristiano de la Diócesis de México está celebrando el Jubileo sacerdotal de su Pastor amado y es justo tambien el agradecimiento henchido de ternura, con que dá la bienvenida á los Apóstoles que desde tan lejos han llegado, para alegrarse con la alegría y ser felices con la dicha de su venerable Hermano. La "Sociedad Católica de la Nacion Mexicana," desde los humildes rincones en que habita su bajeza, ha llorado tambien de alegría y ha unido su corazon y sus votos á los de todo el pueblo cristiano.

Como la "Sociedad Católica" os conoce, Illmo. Señor, tan de antiguo y tan sinceramente os ama, guiada por su amor, ha podido penetrar hasta el fondo de vuestra alma, y estremecerse y palpitar con el cúmulo de recuerdos sonrientes los unos y dolorosos los otros, que en estos dias tan solemnes han henchido hasta desbordarse, vuestro corazon. En ese vuestro noble corazon hemos vivido, asistiendo á todas las conmovedoras escenas de vuestro presente y de vuestro pasado.

Hemos estado en la húmeda y fértil Zamora, mirando como á través de una nube sonrosada, aquel honrado y virtuoso hogar, donde se deslizaron los felices dias de vuestra tranquila infancia: aspirando aquel ambiente, que impregna la naturaleza de los que allí nacen, de un aroma de vitalidad con el que nunca envejecen; que les amplía las espaldas y les ensancha el pecho, para que puedan beber sin peligro el viento de los años, como beben los árabes los vientos del Desierto. De allí hemos ido al Seminario de Morelia, cuna literaria de tantos hombres ilustres, donde fueron padres de vuestro espíritu aquel R. S. Rivas que era un sábio y que era un santo, y aquel Sr. Portugal cuyo elogio más grande y merecido es, que fnese digno sucesor del gran D. Vasco de Quiroga, á quien todavía las razas tarascas á través de tres siglos, llorando le llaman su pa-

dre. Allí mismo, el cielo os dió por amigo al Illmo. Sr. Munguía, aquel gigante pensador que no pudiendo contener espíritu tan grande en tan frágil vaso, espiró al fin en vuestros brazos, de plétora de piedad y de génio.

Qué grato nos ha sido volver á Zamora, y en aquel convento fundado por frailes que fueron una pléyade de héroes, y una legion de ángeles, en el devoto Santuario del Señor de la Salud, asistir á vuestra primera misa al lado de vuestros padres; y como ellos, inundado en lágrimas y temblando de emocion. Como flor de heno pasan las dichas de la tierra: acabó pronto el célico idilio. De vuelta de Morelia comenzaron ya á nublarse vuestros dias, con celajes flotantes de melancolía. . . . . Y luego á Puebla, y á sufrir el primer tumbo de la ola enfurecida, que desde entónces no ha cesado de encrespase y de rugir. Muy triste es surcar los mares sin esperanza de volver; pero Dios no abate sin consuelo. Qué dicha, al fin de la jornada ir á postrarse á las plantas de aquel Santo Pontífice, blanco cual copo de nieve por dentro y por fuera; y qué dicha volver más tarde á esa Roma eterna, cuando abrió sus puertas seculares á los hombres justos, guardadores de la verdad sobre la tierra!

Como las olas empujan á las olas, dias tristes empujaban á dias más tristes, coronados de amargura. Extranjeros viniern de muy léjos á enseñarnos la concordia peleándose entre sí: los que se quedaron estaban ya enfermos de muerte y no quisieron tener á su lado más consejeros que su miedo y su soberbia. La tremenda catástrofe, lúgubre resonó en el mundo, y desde entónces en un castillo desierto, un fantasma ensangrentado y con su rota corona en las yertas sienes, gime y se queja sin cesar. Pasaron meses y años han pasado. . . . . pero escrito está, la Inmaculada Esposa del Cordero no pasará día sin afliccion sobre la tierra. Sus combates han seguido en la sombra y en silencio, y más dolorosos aunque menos cruentos. Ya no derrama su sangre sobre la arena del

Circo, pero aún vierte su llanto sobre el suelo de las catacumbas. . . . .!

Hemos visto lo que no vieron nuestros padres, y lo que tal vez no verán nuestros hijos! El hombre es digno de nuestro amor y de nuestra reverencia, porque es mucho lo que ha amado, es mucho lo que ha sufrido, y porque aunque su heroismo no se queje, no es de rosas el lecho en que descansa. Ni duplicándolos y centuplicándolos, ni aún así, serían nuestros homenajes dignos de nuestro Obispo, porque un Obispo es por la excelsa santidad de su caracter y la sublime alteza de su misicn, lo más grande que exista sobre la tierra y lo más grande que en lo humano pueda imaginarse. Se tiembla al decirlo, pero á un Obispo lo debemos reverenciar como á Jesucristo mismo, segun la tremenda y profunda expresion de San Ignacio mártir: *revereantur omnes Episcopum ut Jesum Christum existentem Filium Patris*. Reverencien todos al Obispo como si en él vieran á Jesucristo Hijo del Padre.

Como en María fundamos nuestras esperanzas, confiemos en que el cielo escuchará benigno nuestras súplicas. En presencia de millones de almas, nuestro Pastor amado ha prometido á la Virgen Santísima de Guadalupe coronarla, y Ella que lo está esperando, Ella lo sabrá guardar. ¡Madre, Madre, Tú nos respondes de él en el tiempo y en la eternidad: acuérdate que te lo entregamos!

### DEFUNCIONES.

El dia 4 del corriente falleció en Coacula, el M. R. P. Fr. Buenaventura Mendez.

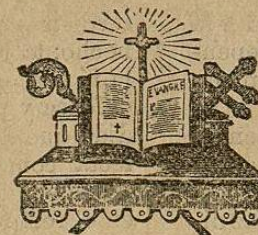
El dia 5 del mismo, en esta Ciudad, el Sr. Presb. D. Juan B. Romero, Sacristan mayor de Asientos.

En esta Capital, el día 6 del actual, el M. R. P. Rector de Agustinos, Fr. Nicolás de Villanueva.

R. I. P.

# COLECCION

DE DOCUMENTOS



ECCLESIASTICOS.

ANT. IMP. DE N. PARGA.

RESP. FRANCISCO ZUÑIGA.

TOM. VI.

GUADALAJARA, FEBRERO 8 DE 1890.

NUM. 27.

## SECCION I.

### DISCURSO

DE SU SANTIDAD

## LEON XIII,

EN SU AUDIENCIA SOLEMNE

Celebrada en el Vaticano

El 24 de Diciembre.

Después del discurso de felicitacion dirigido á S. S. por el Cardenal Decano del Sacro Colegio, Nuestro Santísimo Padre el Sr. Leon XIII, pronunció el siguiente discurso:

Con la más grande satisfaccion acogemos los votos de felicidad que para Nos tiene el Sacro Colegio en esta feliz circunstancia de las fiestas de Navidad; y á Vos, Sr. Cardenal, que habeis llevado la palabra en nombre de todos, Nos os ofrecemos en correspondencia las más sinceras felicitaciones.

La union estrechísima en que está con Nos el Sagro Colegio de Cardenales y que tan oportunamente señalais, exige esta perfecta correspondencia de sentimientos y esta reciprocidad de afectos, así en los prósperos como en los adversos sucesos.

El voto de paz que Vos Nos dirigís no podia ser más conforme con el misterio que hoy se celebra, ni más adecuado á la necesidad por que cruzamos. Ese deseo, es dulce repetirlo más y más en los

tiempos por que atravesamos y que no son tiempos de tranquilidad y de paz, sino de persecucion y lucha.

La Iglesia, su accion en el mundo, su sacerdocio, sus enseñanzas, sus sagrados derechos, son en todas partes, pero más que en todas en Roma y en Italia, combatidos, conculcados, borrados de la vida social por todos los medios de que dispone la malicia humana y la más fina astucia. Todas las instituciones católicas en su prodigiosa variedad, desde aquellas que están directamente consagradas á la propagacion y á la conservacion de la fé en el mundo, hasta las que están destinadas al alivio de los numerosos males que afligen á la humanidad, han sido tomadas como blanco, con el objeto de apoderarse de ellas y quitarles todo carácter religioso y cristiano.

Nosotros señalamos aquí cosas bien notorias, y cada uno de vosotros abraza con el pensamiento tantos hechos que son la irrefragable prueba de lo que Nos decimos. Nada exagerado diríamos, si agregáramos que esta guerra es hecha directamente al mismo Dios, contra quien la razon humana osa sublevarse temerariamente, juzgarle y provocarle como quien entra en liza. Esta diabólica audacia, impotente contra Dios y contra su Cristo, desborda su ódio profundo y su satánico furor contra la Iglesia de Jesucristo y contra sus hijos.

Es una lucha violenta, encarnizada, que nada perdona, que trata de quebrantar, y si posible fuera, de minar por su